

MENSAJE A LOS JÓVENES

(Julio 1987)

Queridos jóvenes de la Arquidiócesis de La Habana:

En este verano, sus convivencias se centran en la Virgen María, dentro del marco especial del AÑO SANTO MARIANO.

El Santo Padre proclamó este AÑO SANTO extraordinario para preparar a los católicos del mundo entero a celebrar los dos mil años del nacimiento de Jesucristo, nuestro Redentor.

Cristo, su mensaje, su amor, su muerte redentora, su resurrección gloriosa, deben ser proclamados a los hombres y mujeres de fines de este milenio, porque solo Jesús puede curar el mundo de la violencia química de la bomba atómica o de la violencia biogenética de los experimentos indiscriminados en esa rama de la ciencia con sus terribles consecuencias. Solo Jesús puede curar, a nuestra humanidad dolida de hambre física de centenares de millones de seres humanos y del hambre de Dios de una gran parte de los pobladores de la Tierra. Solo Jesús puede curarnos del miedo. Miedo político o racial, miedo al terrorismo, miedo a la catástrofe nuclear, miedo al SIDA, miedo al otro, miedo a vivir, miedo al vacío, a la nada, miedo al miedo...

Desde hace más de treinta años, la juventud del planeta ha vivido como atrapada dentro de tres coordenadas que parecen armar trágicamente la estructura de esta época: violencia, droga y sexo.

Estas tres coordenadas se entrecruzan y se apoyan una a la otra y dan la impresión de sustentar una cultura juvenil violenta, erótica y alienada.

Las manifestaciones artísticas de esta «cultura» son ilustrativas: en la música del rock se vuelve duro, agresivo en la forma de presentarse sus intérpretes, en sus voces desgarradas y en sus gestos. Algunas actuaciones sugieren la acción oculta de la droga.

En el arte cinematográfico se pierde el límite entre lo erótico y lo pornográfico y aun se ha pretendido elevar la pornografía al rango de arte.

La violencia lo invade todo: el canto, la danza, la relación sexual, que se asemeja cada vez más a la violación. En las relaciones interpersonales predomina el estilo del enfrentamiento. Se adoran las artes marciales, en las que, en forma fantástica, los hombres ¡y las mujeres! combaten entre sí con palos, cadenas, pies, manos y gritos.

El fruto de esta pseudocultura: el cansancio, el vacío.

El gran ausente: el amor.

Ha demorado en establecerse el pansexualismo que, sin embargo, llega ahora con retraso, como las modas caducas, cuando el mundo comienza a cansarse de él y a temerle por sus consecuencias: relaciones sexuales en la adolescencia, consideración del sexo como un placer del que hay que disfrutar sin límites. En la playa, en el campismo, no prima el aspecto deportivo o el contacto con la naturaleza, sino la exhibición del cuerpo, la ingestión de alcohol y la multiplicación de ocasiones para un

«desahogo sexual». Nos asusta la maternidad precoz. En toda lógica debiera asustarnos aún más la precocidad sexual. La educación sexual se vuelve una propaganda al preservativo; y aquí también el AMOR es el gran ausente. Apenas ver esos «robots-de hacer-el-amor» que son ya tantos de nuestros adolescentes.

La violencia acompaña también esta ola sexual y se incorpora a los gustos y categoría de nuestra juventud. Con frecuencia, las relaciones humanas se establecen a partir del esquema: ataque-defensa. ¿Para qué aprendes Karate? Para defenderme si alguien me ataca...

Toda esta cultura es ajena a la fe cristiana, contraria a ella, absurda y falsa, disminuye al ser humano en sus posibilidades de crecimiento espiritual, lo priva de la alegría, le roba la felicidad.

¿Qué les pido a ustedes en este AÑO SANTO?

Que fijen sus ojos, queridos muchachos y muchachas, en María la Virgen: María es el SÍ de la humanidad a Dios para que Jesucristo entre en nuestra historia.

Hacen falta hombres y mujeres jóvenes que den un SÍ rotundo a Dios, también en esta hora del mundo:

SÍ a la vida,
SÍ al esfuerzo, al sacrificio,
SÍ al AMOR,
SÍ al gusto de vivir y de servir a los demás,
SÍ a la felicidad de embarcarse con Jesucristo en la aventura de cambiar este mundo.

Fíjense que no les pido un NO a todo lo que estimo riesgoso para nuestra juventud, porque quien dice un SÍ definitivo a CRISTO solo tiene que dejarse llevar por la fuerza arrolladora del amor, que lo hará desechar todo lo falso.

Establezcan unas coordenadas nuevas para una nueva civilización del amor.

Hay que sustituir:

El puro sexo por el verdadero amor; la violencia por la amistad y la paz; y la alienación y el descompromiso por el entusiasmo de creer en Jesucristo y la Esperanza de transformar el mundo por medio de Él.

Prepárense desde ahora a ser esposos y esposas que sabrán amarse y aceptar de Dios los hijos con amor, para comunicarles estabilidad y felicidad en sus vidas.

Prepárense para ser hombres y mujeres que trabajan con desinterés, que no pretenden dominar o aplastar a los otros, sino servir y ayudar. Vean siempre en su prójimo a un amigo.

Háganse apóstoles de la nueva cultura del AMOR.

Les suplico lean detenidamente esta carta mía y reflexionen sobre su contenido, para que las Convivencias de este AÑO SANTO MARIANO puedan resultar de veras

orientadoras para sus vidas al reafirmarlos en los valores que brotan del Evangelio de Jesús.

Queridos jóvenes, para ustedes reviste una especial significación este AÑO SANTO, ustedes son los hombres y mujeres adultos del comienzo del tercer milenio de la era cristiana.

Sobre sus hombros descansa la Iglesia del año 2000; de ustedes depende el anuncio del Evangelio en el próximo milenio. Tengo confianza en ustedes, espero su respuesta, no a mí, sino a Cristo.

«Si ustedes no son mejores que los fariseos y los publicanos...»

Con el afecto de siempre los bendice su Obispo.